

MARGINADYTOS

POLÍTICA Y DELITO EN LOS
JÓVENES DE LOS SECTORES
PLEBEYOS Y SUBALTERNOS

MANUELA BERTOLA

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

MARGINADYTOS. POLITICS AND CRIME IN THE YOUTH OF
THE PLEBEIAN AND SUBALTERN SECTORS

PALABRAS CLAVES: delito | trabajo | sectores subalternos
KEYWORDS: crime | work | subaltern sectors

RECIBIDO: 27/11/24
ACEPTADO: 16/12/24

Resumen

Este artículo explora la relación entre delito urbano predatorio y la política plebeya desde la perspectiva de los actores, enfocándose en jóvenes de entre 18 y 30 años involucrados en hurtos y delitos contra la propiedad privada a menor escala en barrios pobres. El estudio se centra en el conurbano bonaerense, específicamente en Dock Sud, Avellaneda y Merlo.

El concepto de marginalidad es central, apareciendo tanto en el análisis académico como en la narrativa de los propios jóvenes. El artículo busca entender cómo estos jóvenes perciben y viven la marginalidad, y cómo se relaciona con el delito y la política. Se exploran las similitudes entre el “ethos delictivo” y el “ethos militante”. La investigación destaca la heterogeneidad de los sectores populares y cómo las transformaciones socioeconómicas han impactado en los espacios de sociabilidad de los jóvenes. El barrio se presenta como un espacio

donde las fronteras entre el delito y la militancia son porosas, donde “el pibe chorro” y “el piquetero” a menudo comparten experiencias y contextos.

El artículo cuestiona las visiones que criminalizan a la política involucrada con estos jóvenes o que los ven como meros instrumentos de “redes clientelares”. Se busca comprender si la política puede ser una respuesta a las dificultades que enfrentan estos jóvenes, junto con el delito. Se plantea que la falta de horizontes y la experimentación de desigualdades pueden motivar el delito. Finalmente, el estudio subraya la importancia de la territorialidad y cómo los jóvenes construyen su identidad en relación con el barrio. Se destaca la importancia de considerar las emociones y experiencias de estos jóvenes, incluyendo el disfrute y la risa, más allá de los estigmas asociados al delito y la pobreza.

Abstract

This article explores the relationship between urban predatory crime and plebeian politics from the perspective of the actors, focusing on young people between 18 and 30 years old involved in thefts and petty property crimes in poor neighborhoods. The study focuses on the Buenos Aires suburbs, specifically Dock Sud, Avellaneda, and Merlo.

The concept of marginality is central, appearing both in academic analysis and in the narratives of the young people themselves. The article seeks to understand how these young people perceive and experience marginality, and how it relates to crime and politics. It explores the similarities between the “delictive ethos” and the “militant ethos”. The research highlights the heterogeneity of the popular sectors and how socioeconomic transformations have impacted the spaces of sociability of young people. The neighborhood is presented as a space

where the boundaries between crime and militancy are porous, where “el pibe chorro” and “el piquetero” often share experiences and contexts.

The article questions views that criminalize politics involved with these young people or that see them as mere instruments of “clientelist networks”. It seeks to understand whether politics can be a response to the difficulties faced by these young people, along with crime. It argues that a lack of horizons and the experience of inequalities can motivate crime. Finally, the study emphasizes the importance of territoriality and how young people construct their identity in relation to the neighborhood. It highlights the importance of considering the emotions and experiences of these young people, including enjoyment and laughter, beyond the stigmas associated with crime and poverty.



*“Aunque almuercen semillitas, nunca van a florecer,
llegando a la estación futuro, un chanco los baja del tren,
da gracia verlos jugando, la fulbia con un papel, tirándole
un caño al hambre, y un sombrero al poder”*

Marginadytos—Don Lunfardo y el Señor Otario

El presente trabajo forma parte del proceso inicial de desarrollo de la tesina de grado para la finalización de la licenciatura en sociología en la Facultad de Humanidades y ciencias de la educación de la Universidad Nacional de La Plata, dicha tesina buscará analizar el vínculo entre el delito urbano y predatorio y la política plebeya desde la perspectiva de los actores.

Antes de profundizar en el objetivo puntual de este artículo, es decir el abordaje sobre las notas de campo y la presentación de los actores que protagonizan nuestra investigación, cabe hacer un breve repaso sobre lo que comprendemos por política plebeya y de qué hablamos cuando hacemos referencia al delito urbano callejero y predatorio.

No nos referiremos en principio, a lo que comúnmente se interpreta por política en mayúscula, es decir a aquella caracterizada por los partidos atravesados por representaciones legislativas y parlamentarias, tampoco nos referimos aquí a la construcción de referencias territoriales desde el esquema de “punteros”. Nos referimos bajo el rótulo de “política plebeya” a los movimientos sociales, tomando de referencia a aquellos nacidos a mediados de los 90’ al calor de las crisis socioeconómicas que azotaron al país durante el periodo neoliberal y en ese marco, dieron lugar a nuevas expresiones políticas, protagonizadas mayoritariamente por los movimientos de desocupados (Manzano, 2013; Merklen, 2005).

Por su parte cuando hablamos de delito, no nos referiremos tampoco en primera instancia al delito vinculado a la corrupción política ni al estudio de las organizaciones delictivas mafiosas, contrabandistas o a aquellas vinculadas al mundo narco. Nuestro interés está sujeto al delito callejero y predatorio, más vinculable al rótulo de “pibes chorros” que carga un sector de la juventud de los barrios pobres en las grandes urbes (Matza, 2014; Gentile, 2017; Alzueta, 2023) entre otros. Para decirlo en otras palabras, no estamos mirando las prácticas del delito profesional dentro de los barrios, estamos observando a jóvenes de entre dieciocho y treinta años, que llevan adelante hurtos en la vía pública, escuchos u otros delitos contra la propiedad privada de menor escala.

Dentro de las dimensiones presentadas, órbita un concepto que es el que da nombre a este artículo. La marginalidad aparece en ambas bibliotecas, como una de las variables a tener en cuenta para pensar tanto las dinámicas dentro del mundo del delito como del de la política. Pero no es solo en las bibliotecas donde esta idea tiene eco y controversias, la marginalidad

ocupa un lugar dentro de la opinión pública alimentada por el establishment mediático para referirse a un sector poblacional determinado, pero también, se ha convertido en muchos casos, según lo que hemos observado, en parte de la propia narrativa de los actores para aludir a su situación ya sea social, económica o incluso su identidad política.

Cabe aclarar por su parte que si bien, entendemos que detrás del concepto de marginalidad hay arduas discusiones, no es el objetivo en la presente exposición llevar adelante un utillaje teórico que aborde estas controversias. Simplemente es aludido el mencionado concepto para señalar algunos de los disparadores de las preguntas elaboradas en el marco del proceso de investigación.

Estas autopercepciones compartidas, nos llevaron a pensar en las similitudes o marco de referencia asimilatorios entre el “ethos delictivo” (Miguez, 2008) y el “ethos militante” (Longa, 2016) dentro de un criterio de compatibilidades, es decir, ¿qué podemos reconstruir de las biografías de estos jóvenes que nos permita observar una conexión entre ambos campos?

Para decirlo de otro modo; a priori nos encontramos en las dos dimensiones presentadas originalmente con la participación de jóvenes de los sectores plebeyos a los cuales nosotros le daremos un lugar protagónico a la hora de desarrollar las observaciones, a su vez ese protagonismo se ve vinculado a la idea de marginalidad que aparece frecuentemente dentro de las narraciones de los propios actores. Pero, ¿Qué entienden por marginalidad estos jóvenes? ¿Cómo es vivida esa “marginalidad”? ¿Y cómo se presenta ese concepto dentro de la articulación que nosotros pretendemos observar, es decir entre el delito y la política?

Antes de elaborar algunas respuestas—provisorias—para las preguntas presentadas, corresponde abordar la dimensión geográfica a fin de esclarecer el anclaje territorial de nuestro análisis.

En el presente trabajo analizaremos las notas de campo desarrolladas sobre el cordón del conurbano bonaerense, más específicamente de las localidades de Dock Sud—Avellaneda—y Merlo, dialogando con militantes que transitaban instituciones penales o penales juveniles y con jóvenes que se deslizan en una suerte de movilidad lateral (Kessler, 2012) entre la esquina y el comedor.

Lo que queremos reponer, es que aquellas transformaciones sobre la estructura de clases que atravesó la Argentina en los últimos años y que para las ciencias sociales fueron expresadas como el surgimiento de una nueva “cuestión social” (Castel, 1995), nos sirven de anclaje para pensar la recomposición de los espacios de sociabilidad y circulación de los jóvenes y adolescentes a los márgenes de la vida salarial.

Para decirlo de otro modo, reconocemos que hay un dinamismo dentro de los sectores plebeyos, donde se superponen simultánea y paralelamente diversos eventos que abonan a la heterogeneidad de perfiles dentro de una misma trayectoria vital y viceversa, operan como posibilitadores de solidaridades compartidas.

Dando como resultado el desarrollo de diversas estrategias de representación en un campo acotado ceñido por la territorialidad. El barrio así, se convierte en una arena donde el delito o el fantasma del encarcelamiento y la práctica militante dentro de un movimiento social, tienen fronteras porosas; Es decir, en el barrio el pibe chorro y el piquetero se encuentran a la vuelta de la esquina, van al mismo colegio y muchas veces lo abandonan al mismo tiempo, visten la misma ropa, comen en la misma olla, sufren el mismo hostigamiento social y policial, paran con la misma banda, son vecinos, amigos, hijos, hermanos e incluso, algunas veces, pueden llegar a ser la misma persona.

La construcción de un abordaje por agregación sobre las prácticas de los jóvenes plebeyos en los barrios periféricos del gran Buenos Aires, reconstruyendo un enfoque criminológico y una lectura vinculada a la acción social o al estudio de los movimientos sociales, se inscribe en la búsqueda por profundizar de forma complementaria el cruce de dos bibliotecas que piensan, discuten y aportan herramientas para comprender las dinámicas dentro de las cuales se inscriben nuestros jóvenes, estamos convencidos de que es mediante esta clave de análisis y no por medio de una lectura particularizada que podemos devolverle a los actores la complejidad de sus trayectorias.

Así como Gentile (2017) se pregunta por los recursos que utilizan los jóvenes y adolescentes de los márgenes frente a las referencias estructurales que se desvanecen en una hiperfragmentación que agudiza las desigualdades (Dubet, 2023) y como son experimentadas estas últimas dentro de los ciclos vitales de los jóvenes relacionados a la “oscura figura” (Wacquant, 2002) de la calle. Nosotros nos preguntamos si dentro de esos recursos puede aparecer la política al lado del delito como una de las posibles respuestas ensayadas por estos jóvenes.

Sobre los antecedentes; sabemos que los jóvenes cometen delitos como forma de sobrevivencia (Kessler, 2004), o como forma de pertenencia (Tonkonoff, 2007; Miguez, 2004, 2008; Dutchatzky-Corea, 2020). Pero sabemos muy poco sobre vínculo de estos jóvenes con el mundo de la política, o lo que sabemos suele entrever una perspectiva que tiende a criminalizar a la política involucrada con estos jóvenes, reconociendo a los últimos con acotados marcos de acción, donde predomina una tendencia reduccionista implicando una lectura determinista sobre los actores, es decir se presenta a los mismos atrapados o siendo utilizados por “redes clientelares” de la política lejos de entenderlos como actores racionales en el marco de construcciones sociales, transacciones, diálogos y tensiones propias de un proceso político (Ossona, 2014), del mismo modo que suele interpretarse como asistencialismo a las políticas destinadas hacia los sectores subalternos y a las prácticas que se desarrollan en el marco de las mismas (Auyero, 2007).

En este sentido, entendemos que la tensión entre la agencia de los actores y la determinación de la estructura pendula en una ecuación de difícil resolución, con cierta tendencia a la reproducción de una visión paternalista sobre las prácticas desarrolladas por las clases subalternas. Lejos de pretender una respuesta a la mencionada tensión, reconocemos la difícil tarea de avanzar en un análisis que pretende no caer en las tentaciones del romanticismo de

la pobreza, como tampoco en el prisma que infantiliza por igual tanto a los delincuentes y a los referentes o militantes de base, para ello buscamos recuperar la voz de los sujetos que encarnan estas trayectorias, dialogando con otras dimensiones, bajo la intención de rodear a nuestra pregunta por diversos frentes.

Por último, cabe reconocer que no estamos solos en el ejercicio de pensar la interacción entre ambas esferas de circulación, un trabajo pionero que se inscribe en el estudio histórico abordando el vínculo entre la política y el delito es el libro de Roberto Carri, Isidro Velázquez formas prerrevolucionarias de la violencia de 1968 y el estudio de Lucia Corsiglia Mura, quien trabaja la identidad de los jóvenes que integran la “autodefensa”, es decir la estrategia de seguridad desarrollada en la organización CTD Aníbal Verón a mediados de los 90, en su libro “Jóvenes piqueteros y encapuchados: Algunas preguntas sobre las marcas de lo plebeyo en las formas de la acción colectiva” publicado en 2013.

¿Cuántas vidas caben en una vida?

César González tituló a su película estrenada originalmente en 2014 parafraseando al conocido filósofo Spinoza, “*Que puede un cuerpo*”, el autor de la película comentaba en una charla desarrollada en el año 2015 en la universidad nacional de La Plata¹ que el ejercicio de recuperar estas biografías no era otro que la exposición de las hostilidades que padecen los cuerpos de los barrios pobres en las grandes urbes. Y si bien, el autor narra su obra en relación a la posibilidad de los cuerpos dentro de la búsqueda de la potencia de los mismos, remarca en la entrevista señalada, el peso de la mirada sobre “los pibes de las villas”.

Pensamos en esta película de forma introductoria a nuestro problema, no solo para leer las representaciones de la corporalidad de estos jóvenes, quienes cargan en sus hombros la presión de un estigma, sino porque creemos que este film nos invita a recuperar un eje que creemos central para comprender el enunciado, nos introduce en el campo de la heterogeneidad, la cual reconocemos como un rasgo de época en la sociedad modernas (Castel, 2010), pero que también—y particularmente ahí es donde queremos observar sus impactos—está presente en los barrios de los sectores más vulnerables (Kessler, 2013).

Para pensarlo con preguntas El pibe chorro, ¿qué es además de chorro? Tonkonoff, se nos adelantaría velozmente respondiendo que si el pibe que comete un robo rápidamente transforma al botín en un consumo vinculable al correspondiente por su rango etario, entonces el pibe chorro, es más pibe que chorro. ¿Pero qué es hoy, ser un pibe dentro de los barrios que se desarrollan al margen de las grandes ciudades?

Las respuestas posibles son tan variadas como inocuas si se las toma individualmente, como consecuencia centralmente de la heterogeneidad que moldea la vida en los barrios señalados.

¹ González, C. (2014) ¿Qué puede un cuerpo? Ver más en [//https://www.youtube.com/watch?v=FssHmff12I](https://www.youtube.com/watch?v=jv-c8gCxAcQ)

A la pregunta anteriormente formulada, no le cabe una única respuesta, porque ser villero tiene múltiples variables que se codean con el uso del tiempo, pero a su vez, también gozan de un dinamismo activo en la construcción de identidades, en este marco, lo que podemos reconstruir es que es ser villero para nuestros entrevistados².

Salir del barrio

Los límites del territorio se dibujan y se marcan como fronteras extensas llenas de zonas grises. ¿Pero cuál es el límite del barrio? ¿Hay un adentro y un afuera? ¿Hay espacios por los que estos jóvenes no caminan sin la compañía de alguien o algo que los legitime o autorice?

En los testimonios nos encontramos permanentemente con la idea de un territorio delimitado por calles específicas y circuitos autorizados, donde a su vez la localidad garantiza la seguridad, que por fuera de las fronteras del barrio se presenta excluyente para ellos y es aparentemente patrimonio de los que en “su tierra” son vistos como forasteros (Elias, 2003).

El “ser del barrio” crea una determinación del nosotros que no solo se pone en juego a la hora de reconocer algunos rasgos identitarios, sino que alimenta la idea de “salir” del territorio en una relación relativa a actividades específicas o en el marco de un evento dado. Dentro de esas actividades, nos encontramos con que salir a robar y concurrir a marchas, aparecen algunas veces en un mismo arco narrativo. Es decir, esas actividades son mencionadas como una excusa para salir al exterior.

En el marco de las visitas al Docke, el señalamiento hacia quien escribe y la fundación de confianzas, también se cimentó sobre este arco narrativo, es decir, sobre los vértices fronterizos del barrio en esa relación que pondera “ser de adentro o de afuera”. El afuera, paralelamente representa una interpretación homogeneizante. Es decir, el afuera es interpretado como igual en sí mismo, en los relatos de nuestros interlocutores, dejando más bien poco margen para las diversidades del mundo que se presenta fuera del barrio. Detrás de esas fronteras aparece el peso de la mirada degradante y la figura policial como una amenaza

Mi lugar de escucha, incentivaba a algunos a elaborar “traducciones” sobre lo que habían dicho sus compañeros y paralelamente a mí me empujaban a encarnar una interpretación de lo que podía suponer, ellos querían que mi personaje actuará. En una clave goffmanniana de la interacción, las reuniones se parecían a un escenario donde muchos de los presentes ensayaban reproches y pedían respuestas que las más de las veces me situaban en un lugar de voz autorizada, que nada podía decirles.

² De forma preventiva, tanto los nombres de los entrevistados como de la organización de referencia serán modificados por seudónimos y/o nombres de fantasía.

El argot de la tumba, el argot del barrio.

En el marco de una reunión motorizada por la organización “*los mirlos*” donde participan actores de diversos espacios como militantes de base, referentes y trabajadores de un organismo estatal cerca de los monoblock de Dock Sud, observamos que entre los presentes había un argot compartido, un lenguaje común, es decir, a la hora de interactuar todos los presentes ponían en juego el recurso del lenguaje “*tumbero*”—léase el lenguaje, que implica la incorporación de usos y costumbres propios del mundo delictivo, pero más centralmente el mundo carcelario—cabe destacar que muchos de los presentes habían estado presos hasta hace apenas unas semanas, otros, habían salido hace doce años. Pero la implementación del lenguaje, los modismos y las formas era un recurso compartido incluso por aquellos que el contacto que tenían con la cárcel era por medio de terceros.

La reunión se extendió y concluyó pasadas las cinco de la tarde, horario que para los presentes no implicaba mayores riesgos, pero donde todos señalaron que los que no éramos del barrio estábamos expuestos a ciertos peligros. Esto rápidamente sembró otras preguntas y reforzó las anteriormente planteadas.

¿Cuáles son los indicadores de pertenencia para medir el peligro? ¿Seguro o inseguro según quién o para quién? ¿Cómo se mide la inseguridad para los que pertenecen a las zonas mediáticamente construidas como peligrosas? Anteriormente cuando pensábamos en los límites del barrio en función de los testimonios de los jóvenes entrevistados la idea de “*peligro*” se presentaba por fuera del barrio, es decir, para estos salir del barrio era un sinónimo de “*arriesgarse*” a pasar un mal momento. Ahora bien, como también señalamos nosotros estábamos en su territorio, lo que implicaba que, para ellos, los que ahora estábamos en riesgo éramos los que veníamos de afuera.

Vivir, caminar, ser del territorio es una parte importante de la sociabilidad, el reconocimiento de los nombres, los saludos al pasar, respirar el mismo aire en el pasillo, saber ante quién bajar la mirada y a quien mirar de frente, el rumor y el chisme como datos para construir confianzas (Miguez, 2008), en fin, vivir en la villa, puede ser en algunos casos y en función de lo expuesto por nuestros entrevistados garantía de seguridad en dentro del barrio.

En este sentido y función de lo que recuperamos del trabajo etnográfico, para nuestros entrevistados ser villero, ser “*pibe chorro*” o “*ser planero*” no es necesariamente lo mismo y tampoco son respuestas siempre a las mismas causas, pero podemos reconocer en función de lo expuesto que dentro de los pilares identitarios hay un mismo barro, una misma arcilla sobre la cual se construyen estas las trayectorias, a veces disímiles, otras veces similares, a veces cruzadas y otras idénticas, esa misma arcilla sobre la cual se edifican las identidades está anclada a como es vivida la territorialidad para estos jóvenes, por qué espacios de circulación se mueven, qué pasiones u horizontes de deseabilidad están en el marco de sus posibilidades y cómo experimentan las desigualdades.

La porosidad identitaria se nutre de una morfología dinámica, los jóvenes criados en el docke están marcados por recorridos similares, donde el hacinamiento social instaura ciertas pautas de convivencia que dejan poco espacio para la individualidad. Con esto no queremos caer en un determinismo lineal ni estático, más bien entendemos que son condiciones de hábitat ante las cuales, estos jóvenes formularon y formularán diversas respuestas, ya sea desde la apropiación de las normas de convivencia, la reproducción de normas y prácticas de consumo o el rechazo a las mismas. Ahora bien, ¿cuáles son esas normas o pautas de convivencia?

Las condiciones estructurales que señalamos anteriormente respecto a la heterogeneidad, que complejiza un análisis de clase limpio y homogéneo, también nos permite pensar en las condiciones propias del hacinamiento, es decir, en lugares donde mucha gente ocupa poco espacio ¿Cuántas posibilidades existen de que muchas de esas vidas, tengan similitudes en sus trayectorias?

Hablando con Román (43 años) referente de la organización antes señalada pero de otra localidad de la provincia de Buenos Aires, donde se desarrolla una escuela de oficio en la cual participan en actividades jóvenes—algunos menores de edad—que llevan adelante prácticas delictivas, nos comentaba que a él, el hecho tener en su prontuario una trayectoria por distintas instituciones penales desde temprana edad hasta entrada la mediana adultez, le otorga cierto nivel de respetabilidad para hablar con los jóvenes más chicos, según lo que supone sobre el vínculo con ellos.

Román, en una de nuestras entrevistas sostuvo que “lo raro sería que estos chicos no delincan” y esa frase hizo eco sobre las conversaciones previas y posteriores. Hace referencia a que “nadie les ofrece otra cosa”, la idea de una carencia en la proyección de horizontes de deseabilidad aparece con reiterancia en su oratoria. Y desde ahí, paralelamente también fundamenta su compromiso con estos jóvenes. Es decir, desde la responsabilidad cargada a cuentas de las fisuras democráticas para garantizar proyecciones de futuro dentro de los marcos de posibilidad. Nuestro entrevistado comprende que la política falló, y sin embargo, hace política, al mismo tiempo que insiste durante toda nuestra conversación, que la política que él desarrolla es una política de base, lejos de la otra política, la política del establishment, o la política en mayúscula, aunque también va a reconocer con cierta pesadumbre que “para mover los hilos, hay que mancharse las manos”.

Sobre este último comentario avanzaremos en trabajos posteriores pretendiendo divisar la diferenciación entre las prácticas políticas, es decir, entre la política en minúscula y la política en mayúscula. La referencia diferencial entre ambas, fue de hecho señalada en diversas conversaciones y amerita un abordaje en profundidad, pero no quería dejar pasar el eufemismo referido a la articulación con la política entendida como tradicional. Es decir, ese “mancharse las manos”, proyectado de abajo hacia arriba, se presenta a su vez como una formulación de distancia entre aquellos que en palabras de Román no les ofrecen otro horizonte posible, “vienen en las elecciones y se van”.

Lo que nos dice Román es que podemos encontrar una cuota de la explicación a las motivaciones al delito, entre otras dimensiones, dentro de las faltas de propuestas en la trazabilidad de horizontes deseables dentro de la vida de estos jóvenes. Pensándolo con Cohen (1971), podríamos sostener algo similar, es decir, si no hay futuro hay delito y ese delito se encarna en la corrosión de la cuestión social como marco de contención sobre el cual los jóvenes se desenvuelven. Ahora bien, es paralelamente por medio de la cuestión social, para Román, que se pueden construir respuestas a las falencias de la política cuestionada anteriormente.

Años atrás Kessler (2012) analizaba la variable de falta de horizontes como uno de los múltiples motivos para entender al delito, algo que en la actualidad podríamos pensar junto a Dubet (2023) a partir de la profundización en la experimentación de las desigualdades y en la mercantilización de la vida que lleva a la movilización de “pasiones tristes” carentes de horizontes colectivos.

Pero entonces, si la democracia como horizonte político de las mayorías fracasa para los jóvenes y carece de herramientas para acompañar a estas trayectorias, ¿qué le puede ofrecer a los jóvenes una organización territorial? ¿Por qué se acercan estos jóvenes a la militancia?

Algunas respuestas pueden ser más más sencillas, o por lo menos, esto nos decía Juan de 28 años mientras caminábamos por el Docke hacia a la estación de trenes luego de la reunión previamente aludida *“Al hambre lo vas a caranchear (calmar) en la olla cuando en casa no hay nada comer, y ahí siempre te cruzas con uno que estuvo en la mala como vos, yo me acerque a los mirlos así”*.

El encuentro por la necesidad de apaciguar urgencias, pareciera ser en los más de los casos la motivación para construir lazos comunitarios y redes organizacionales. O por lo menos un primer acercamiento a determinados espacios donde la sociabilidad y la necesidad se encuentran y como sostiene Goffman (1956) modifican la interacción en función de las nuevas necesidades en el marco de la colectividad.

Siguiendo a Goffman (1956), podríamos decir que toda interacción es un momento de efervescencia colectiva donde cada actor paralela o simultáneamente busca la forma de destacar—conscientemente o inconscientemente—su pertenencia al grupo de referencia. Para decirlo en otras palabras, en el marco de las interacciones los actores ponen a jugar su capital simbólico.

Ahora bien, ¿a qué nos referimos con esto? Si antes Juan se acercaba al comedor para buscar un plato de comida y ahora forma parte de una organización que comprende a Juan dentro de una grupalidad, eso implica que nuestro actor tiene que interactuar y negociar con otros su pertenencia al grupo en función de la reproducción de prácticas comunes, lenguajes, marcos de referencia, cosmovisiones, y definiciones políticas. Pero Juan no es solo Juan, Juan además de un integrante de los mirlos también forma parte de la barra del club del barrio e integra un grupo de jóvenes que se juntan frecuentemente en la esquina, es hijo de Susana y es padre de

Ainoa. Es decir, Juan es parte de un conjunto de interacciones y adscripciones identitarias que conviven dentro de una misma biografía implicando a su vez distintos rituales de participación.

Dentro de la biografía de Juan, la política y el delito conviven, o por lo menos ambas prácticas tienen lugar. Ya vimos lo que dice uno de los referentes de la organización en función de las prácticas de los jóvenes que delinquen y el lugar que pretende construir la organización en relación a ellos. ¿Pero cómo viven los jóvenes ese vínculo entre la política y el delito?

Repasemos una de las preguntas originales, ¿pueden convivir ambos mundos? Como ya sostuvimos previamente no solo pueden, sino que de hecho deben hacerlo o por lo menos lo hacen, nuestra pregunta es entonces cómo se desarrolla esa interacción. La existencia de prácticas delictivas no está vinculada necesariamente a la idea de rebeldía, como tampoco parece estar relacionada directamente al hambre, de hecho, la primera respuesta a este último fenómeno, es decir el hambre, suelen estar más vinculadas al acercamiento a alguna olla popular que aquellas que hacen alusión a salir a robar para poder comer.

Suponer una lectura refractaria entre el mundo de la política y el mundo del delito, como si habláramos de agua y aceite, es, según lo que nuestros actores cuentan, querer ver la realidad mediante un espejismo. Cuando las dinámicas embisten al territorio, ocurren al mismo tiempo, en el mismo lugar y muchas veces son las mismas personas las que las llevan adelante, es difícil que estos mundos no se crucen. Pensarlos como separados y separables, es por consiguiente negar el vínculo entre las partes de algo que funciona de manera amalgamada. De este modo pensar en los márgenes del barrio, en las condiciones de vida y en las construcciones de sociabilidad es simultáneamente pensar en los actores.

Reflexiones y nuevas preguntas:

A lo largo del trabajo, el nodo central de análisis estuvo signado por la territorialidad como un elemento que permite abordar el cruce de los campos desde un mismo lugar. Los jóvenes y el territorio, en este sentido aparecen en un diálogo continuado que pendula entre ambas esferas de circulación, las ollas de los comedores, donde paralelamente ocurren reuniones y las esquinas donde nuestros jóvenes matan el tiempo, se separan en distancias menores.

Porque como explicitamos al comienzo de este texto, una vez volcados sobre el trabajo etnográfico, pudimos reconocer que:

El barrio se convierte en la arena donde el delito o el fantasma del encarcelamiento y la práctica militante dentro de un movimiento social, tienen fronteras porosas; Es decir, en el barrio el pibe chorro y el piquetero se encuentran a la vuelta de la esquina, van al mismo colegio—y muchas veces lo abandonan al mismo tiempo—visten la misma ropa, comen en la misma olla, sufren el mismo hostigamiento social y policial, paran con la misma banda, son vecinos, amigos, hijos, hermanos e incluso, algunas veces, pueden llegar a ser la misma persona.

Para cerrar, recuperamos una dimensión que no ha sido abordada en el presente trabajo, pero que no quisiéramos pasar de largo. En el marco del trayecto señalado hacia la estación de tren en Avellaneda, Juan me cuenta entre risas uno de sus primeros escruches, él tenía no más de catorce años y se metieron por la venta de una casa que queda a pocas cuadras de los monoblocks. Eran tres los que salieron de “paseo” como se refiere nuestro interlocutor al hecho—misma palabra que utiliza para referirse a las marchas en Capital Federal. El más chico tenía doce y era su primera vez entrando a una casa, en la misma no encontraron nada de valor, o por lo menos nada que puedan empeñar por una buena recompensa, pero como remarca Juan, el más chico de los tres asaltantes contó por años esta anécdota como uno de los mejores robos de su vida, resulta que dentro del botín por el cual no habían conseguido un monto de dinero significativo, se habían llevado seis packs de lo que Juan identificó como *“el postrecito ese de chocolate que salía en la propaganda del gordito que sale en la tele”*. Es decir, el mayor triunfo en ese botín fueron los seis packs de lo que interpretamos serían unos Danette.

Con esto último nos preguntamos qué hay detrás de la dureza que imparten los estigmas de “pibes chorros” o “piqueteros violentos y encapuchados” (Corsiglia, 2013), ¿Puede haber también disfrute? ¿Hay lugar para la risa además de lugar para la rabia?

Katz (2023) nos habla sobre los encantos del delito, donde se ponen al descubierto pasiones, sensualidades y emocionalidades, nos quedará para pensar en futuros trabajos, si estas emociones tienen lugar dentro de la interacción entre el delito y la política o si acaso la solemnidad cubre los estigmas como un velo que atrapa a los actores en la reproducción de las durezas.



Bibliografía

- Auyero, J. (2007) *La zona gris: violencia colectiva y política partidaria en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Carri, R. (1968) *Isidro Velazquez. Formas prerrevolucionarias de la violencia*. Buenos Aires: Colihue.
- Castel, R. (1995) *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del asalariado*. Editorial Paidós.
- Castel, R. (2010) *El ascenso de las incertidumbres: trabajo, protecciones, estatuto del individuo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Cohen, A.K. (1971) *Delinquent Boys: The Culture of the Gang*. New York: Free Press.
- Corsiglia Mura, L. (2013) *Jóvenes piqueteros y encapuchados*, La Plata, Edulp.
- Dubet, F. (2023) *El nuevo régimen de las desigualdades solitarias: Qué hacer cuando la injusticia social se sufre como un problema individual*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Duschatzky, S. y Corea, C. (2020) *Chicos en banda: los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*, CABA: Tinta Limón Ediciones.
- Elias, N. (2003) "Ensayo acerca de las relaciones entre establecidos y forasteros". *Reis. Revista Española de Investigaciones Sociológicas* (104), 219-251.
- Gentile, M. F. (2017) *Biografías callejeras: cursos de vida de jóvenes en condiciones de desigualdad*, Buenos Aires: Grupo Editor Universitario.
- Goffman, E. (1956) *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires: Ediciones Amorrortu.
- Katz, J. (2023) *Los encantos del delito. Atracciones morales y sensuales de la maldad* (Traducción de Nahuel Roldán). Quilmes: UNQ editorial.
- Kessler, G. (2004) *Sociología del delito amateur*, Buenos Aires: Paidós.
- Kessler, G. (2012) "Movilidades laterales: Delito, cuestión social y experiencia urbana en las periferias de Buenos Aires", *Revista de ciencias sociales (Montevideo)*, 25 (31), 37-58.
- Kessler, G. (2013) "Ilegalismos en tres tiempos", en: R. Castel, G. Kessler, D. Merklen, N. Murard: *Individuación, precariedad, inseguridad: Desinstitucionalización del presente*, Buenos Aires: Paidós.
- Longa, F. (2016) "Acerca del 'ethos militante': Aportes conceptuales y metodológicos para su estudio en movimientos sociales contemporáneos", *Argumentos*, (18), 45-74.
- Matza, D. (2014) *Delincuencia y Deriva: Cómo y por qué algunos jóvenes llegan a quebrar la ley*, Buenos Aires: Siglo XXI.

Manzano, V. (2013) *La política en movimiento. Movilizaciónes Colectivas y Políticas Estatales en la Vida del Gran Buenos Aires*, Rosario: Editorial Prohistoria.

Merklen, D. (2005) *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*, Buenos Aires: Gorla.

Miguez, D (2004) *Los pibes chorros*, Buenos Aires: Capital Intelectual.

Miguez, D (2008) *Delito y cultura. Los códigos de la ilegalidad en la juventud marginal urbana*, Buenos Aires: Biblos.

Ossona, J. (2014) *Punteros, malandras y porongas. Ocupación de tierras y usos políticos de la pobreza*, Buenos Aires: Siglo XXI.

Rodriguez Alzueta, E. (2023) *Desarmar al pibe chorro*, Buenos Aires: Didot.

Tonkonoff, S. (2007) *Tres movimientos para explicar por qué los pibes chorros visten ropas deportivas. La sociología ahora*, Buenos Aires: Siglo XXI.

Wacquant, L. (2002) *Merodeando las calles. La pobreza, la moral y las trampas de la etnografía urbana*, Barcelona: Gedisa.

Entrevistas

Román, 43 años, integrante de la organización Los Mirlos. Realizada por la autora el 26 de septiembre de 2024, Merlo, Buenos Aires, Argentina.

Juan, 28 años, integrante de la organización Los Mirlos. Realizada por la autora el 7 de enero de 2024, Avellaneda, Buenos Aires, Argentina.